

# Dialéctica de la revolución y la contrarrevolución<sup>1</sup>

## Dialectics of the revolution and the counterrevolution

**César Albornoz<sup>2</sup>**  
**caalbornoz@uce.edu.ec**

**Recibido: 2017-07-31**  
**Aprobado: 2017-10-08**

### Resumen

Desde un enfoque teórico son analizados en el presente artículo varios aspectos fundamentales de la revolución y de la contrarrevolución como procesos dialécticos en la historia política de los pueblos. Se enfatiza en sus características esenciales y en los recursos que utilizan las fuerzas contrarrevolucionarias para frenar procesos mediante los cuales se implantan transformaciones sociales tendientes a la construcción de sociedades más equitativas. Problemas siempre actuales de nuestra realidad, ameritan ser esclarecidos por las ciencias sociales, especialmente ahora que en Nuestra América se da una marcada polarización entre las fuerzas que bregan por el cambio y las que se empeñan por todos los medios en mantener el orden que más les conviene.

**Palabras clave:** revolución, contrarrevolución, tradicionalismo, modernidad, lucha de clases

### Abstract

From a theoretical perspective, several fundamental aspects of the revolution and the counterrevolution are analyzed in the present article as dialectical processes in the political history of the peoples. Emphasis is placed on its essential characteristics and on the resources used by counterrevolutionary forces to halt processes through which social transformations tending toward the construction of more equitable societies are implemented. Always current problems of our reality, merit to be clarified by the social sciences, especially now that in Our America there is a marked polarization between the forces that struggle for change and those that strive by all means to maintain the order that best suits them.

**Keywords:** Revolution, counterrevolution, traditionalism, modernity, class struggle

---

1 Este artículo corresponde a la parte teórica de la investigación “Las élites del poder en las contrarrevoluciones del siglo XIX en América Latina”, desarrollada dentro del programa doctoral Estado de Derecho y Gobernanza Global de la Universidad de Salamanca.

2 Máster en Sociología por la Universidad de Sofia Kliment Ojridski (Bulgaria). Docente investigador en la Universidad Central del Ecuador.

## Introducción

Las sociedades modernas emergen de complejos procesos revolucionarios que se han sucedido en el mundo desde el siglo XVII en adelante bajo diversas formas de manifestarse, las que por sus características comunes y las especificidades que adoptan en cada caso particular, han sido fundamentalmente de dos tipos: las de carácter capitalista y las socialistas o, en no pocos casos, de transición entre las dos.

En América Latina estos acontecimientos históricos radicales son parte de un prolongado proceso iniciado con las luchas por la emancipación de las metrópolis europeas que la sometieron al coloniaje a lo largo de tres siglos. Desde entonces sus pueblos han transitado por distintas etapas, en medio de una encarnizada lucha de élites del poder y sus respectivas clases sociales: unas empeñadas en mantener las estructuras consolidadas en esos siglos de coloniaje y otras, bajo el influjo de las transformaciones sociales europeas y las propias demandas del momento histórico que viven, tendientes a implantar en nuestras patrias regímenes más democráticos fundamentados en variantes de la ideología liberal.

Todos esos procesos de transformación social siempre tuvieron que enfrentar la más enconada resistencia por parte de las élites del poder enquistadas en el control de la economía, de la política y demás esferas fundamentales de la actividad social tales como la comunicación, la educación y otras que les aseguraban el control de la conciencia social. Desde el siglo XIX se han sucedido prolongadas, denodadas y sangrientas batallas a lo largo y ancho de nuestro continente entre los forjadores de la modernidad y los defensores de la tradición, entre los que flameaban las banderas del progreso, de las libertades y derechos ciudadanos básicos para nuestros pueblos en tenaz lucha contra los abanderados del inmovilismo social.

En nuestros días varios países retoman esos procesos iniciados por el radicalismo liberal latinoamericano, frustrado en su avance por plutocracias y oligarquías de todo jaez surgidas de procesos contrarrevolucionarios que, aliadas a intereses foráneos imperiales, desembocaron en las últimas décadas del siglo pasado en la hegemonía neoliberal que convirtiera a la región en una de las más inequitativas del mundo.

El siglo XXI se presenta prometedor para América Latina en cuanto a importantes transformaciones sociales de varios de sus países. Estos procesos sociales progresistas incomodan a poderes locales y mundiales que, para frenarlos o restaurar el orden social conveniente a sus in-

tereses, utilizan todos los recursos posibles. Es menester en esta nueva etapa de luchas por la integración regional y la segunda independencia de *Nuestra América*, entender desde la teoría social estos flujos y reflujos de la dialéctica entre revolución y contrarrevolución, con poderosos enemigos internos y la cada vez más descarada injerencia foránea.

Precisamente en el presente año se conmemora el centenario de la Revolución de Octubre, la primera revolución socialista triunfante en el país más extenso del mundo, indudablemente una de las de mayor trascendencia histórica por su influencia que cambió radicalmente el curso de la historia humana en el siglo XX. Los hechos demuestran que la revolución rusa o bolchevique desde sus inicios se vio permanentemente asediada por la contrarrevolución organizada por fuerzas internas y externas que, a lo largo de siete décadas, no descansaron hasta infligirle la derrota en 1991.

Ahí está ese proceso dialéctico como para recordarnos la vigencia que tiene para las ciencias sociales la problemática de la revolución y la contrarrevolución, con todo su impacto en los aspectos fundamentales del devenir de toda sociedad. Ante esa relevancia teórica, en este artículo se examinan las características esenciales de estos fenómenos desde una perspectiva marxista, poniendo especial énfasis en los recursos que las fuerzas contrarrevolucionarias utilizan en su labor de zapa en contra de los procesos revolucionarios que emprenden los pueblos en su afán de construir sociedades más justas.

### El concepto de revolución y sus características esenciales

El término introducido por Copérnico en 1543 en su obra *De revolutionibus orbium coelestium*, marcando una gran conmoción en el campo de las ciencias naturales, pasa también a las ciencias sociales desde el siglo XVII para significar los profundos cambios que se dan en el desarrollo de la sociedad. Luis Villoro (2010)<sup>3</sup> afirma que las transformaciones ocurridas en 1688 en Inglaterra marcan el inicio del uso del término revolución que en adelante será convertido en categoría fundamental para la política, la sociología y ciencias sociales en general.

Los clásicos del marxismo desde sus obras

3 "Revolución" es un concepto moderno que quizás se haya usado por primera vez en la Glorious Revolution inglesa de 1688. Pero es la Revolución Francesa la que generaliza el término." (Villoro, 2010: 7).

más tempranas, en contraposición a las interpretaciones conservadoras del fenómeno o a las liberales con las cuales no pueden coincidir plenamente, desarrollan una propia teoría de la revolución. En la *Ideología alemana* escrita conjuntamente en Bruselas en 1846, ya tienen una precisa concepción del asunto:

La contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación que, como veíamos, se ha producido ya repetidas veces en la historia anterior, pero sin llegar a poner en peligro la base de la misma, tenía que traducirse necesariamente, cada vez que eso ocurría, en una revolución, pero adoptando al mismo tiempo diversas formas accesorias, como totalidad de colisiones, colisiones entre diversas clases, contradicción de las conciencias, lucha de ideas, etc., lucha política, etc. Desde un punto de vista limitado, cabe destacar una de esas formas accesorias y considerarla como la base de estas revoluciones, cosa tanto más fácil cuanto que los mismos individuos que sirven de punto de partida a las revoluciones se hacen ilusiones acerca de su propia actividad, con arreglo a su grado de cultura y a la fase del desarrollo histórico de que se trata.

Todas las colisiones de la historia nacen, pues, según nuestra concepción de la contradicción entre las fuerzas productivas y la forma de relación (Marx y Engels, 1976<sup>a</sup>: 61-62).

Lo que llaman en un inicio forma de relación será definido más adelante de manera definitiva como relaciones de producción. Cuando en 1859 Marx escribe el prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política* ya tiene más pulida la que será su clásica definición de revolución:

Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. (...) Cuando se estudian esas revoluciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por re-

solverlo (Marx, 1976b: 518).

Será Lenin quien al fragor de la defensa de la revolución triunfante en el inmenso imperio ruso, desarrollará más su teoría en medio de una franca e intensa lucha ideológica con todos los exponentes de la oposición y de la contrarrevolución. Las experiencias del día a día en ese colosal intento de consolidar la victoria de los humillados y ofendidos de su patria le obligan a profundizar permanentemente en sus reflexiones sobre tan complejo problema. Y este es uno de los puntos clave que sostiene: la revolución es “una situación complicada en extremo”, otra situación es impensable:

Tales revoluciones no existen y los suspiros por una revolución de ese tipo no son más que lamentaciones reaccionarias de intelectuales burgueses. Aún en el caso de que la revolución comience en una situación que, al parecer no sea muy complicada, ella misma, al desarrollarse, crea siempre situaciones complicadas en extremo. Porque una revolución verdadera, una revolución profunda, “popular”, según la expresión de Marx, es un proceso increíblemente complicado y doloroso de agonía de un régimen social caduco y de alumbramiento de un régimen social nuevo, de un nuevo modo de vida de decenas de millones de personas. La revolución es la lucha de clases y la guerra civil más enconadas, más furiosas, más encarnizadas. En la historia no ha habido ni una sola gran revolución sin guerra civil. Y solo un hombre enfundado puede pensar que es posible una guerra civil sin una “situación complicada en extremo”.

Sin situaciones extraordinariamente complicadas jamás habría habido revoluciones. El que no se arriesga no pasa la mar (Lenin, 1977a: 308).

Hay quienes se hacen ilusiones con una revolución sin sobresaltos, continúa, no falta quien

estaría dispuesto a aceptar la revolución social si la historia nos llevase a ella de una manera tan pacífica, tan serena, tan suave y cuidadosa como un tren expreso alemán llega al andén de una estación. El mozo del tren, muy digno, va abriendo las portezuelas del coche y exclama: ¡Estación Revolución Social! *Alle aussteigen!* (¡todo el mundo debe apearse!) (Ibíd.).

Cuando en 1915 escribe su trabajo *La bancarrota de la II Internacional*, publicado el mismo año en Ginebra, Lenin (Ibíd.: 226) deja clara esa posición teórica: “A un marxista no le cabe duda

de que la revolución es imposible sin una situación revolucionaria; además, no toda situación revolucionaria desemboca en una revolución” Y la define destacando sus manifestaciones objetivas más reconocibles:

¿Cuáles son, en términos generales, los síntomas distintivos de una situación revolucionaria? Seguramente no incurrimos en error si señalamos estos tres síntomas principales:

1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener inmutable su dominación; tal o cual crisis de las “alturas”, una crisis en la política de la clase dominante que abre una grieta por la que irrumpen el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que estalle la revolución no suele bastar con que “los de abajo no quieran”, sino que hace falta, además, que “los de arriba no puedan” seguir viviendo como hasta entonces. 2) Una agravación fuera de lo común, de la miseria y de los sufrimientos de las clases oprimidas. 3) Una intensificación considerable, por estas causas, de la actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan expoliar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, tanto por toda la situación de crisis, como por los mismos “de arriba”, a una situación independiente.

Sin estos cambios objetivos, no solo independientes de la voluntad de los distintos grupos y partidos, sino también de la voluntad de las diferentes clases, la revolución es, por regla general, imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es precisamente lo que se denomina situación revolucionaria (Ibíd.: 226-227).

Belin Boev (1983: 5) en *Dialéctica de la revolución*, un exhaustivo análisis sobre este fenómeno, define como objeto de la ciencia política a las revoluciones sociales con todos sus elementos esenciales (intereses y conflictos de clase, tendencias de su desarrollo, regularidades, etc.), además como las más poderosas, significativas, dinámicas e implacables palancas para el progreso social por el radicalismo de sus consecuencias. Destaca su evolución desigual según las características de cada sociedad y establece sus diferentes momentos: auge y estancamiento, desvíos y correcciones, desafueros y cordura, fases en las que las inconsecuencias y contradicciones inevitablemente se manifiestan. Resalta además el carácter interdisciplinario de los estudios de la revolución por su complejidad, desde la economía, politología, sociología, psicología, culturología y filosofía, entre las ciencias sociales más importantes que tratan de desentrañar su dinámica, causas y consecuencias.

Al analizar el complejo proceso de la lucha revolucionaria en América Latina en la segunda mitad del siglo XX, Rodney Arismendi (1987: 297-298), marxista uruguayo, hace importantes precisiones teóricas acerca de la revolución que si bien obedece a regularidades o rasgos comunes válidos para toda revolución social, que pueden generar una semejanza relativa, sin embargo, por lo complejo de sus procesos, en cada caso se presentan como especificidades propias de cada realidad concreta, en dependencia de las fuerzas motrices que la impulsan, de las características de los aliados y las alianzas políticas que se configuran, de la composición de sus participantes, de las vías elegidas y etapas por las que deben transcurrir para su triunfo: “en toda revolución actúan leyes generales que definen su carácter y se presentan en formas históricas concretas, siempre irrepitiblemente específicas”.

En la academia norteamericana, cuando en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado se recupera la tradición de los clásicos, en oposición al empirismo, estructuralismo y funcionalismo que había imperado en su sociología, se funda toda una corriente de investigación a partir de lo que llaman la Sociología Histórica, institucionalizándola como disciplina en los planes de estudio de algunas de sus universidades. El influjo del marxismo en esta corriente del pensamiento es inevitable. Tal el caso de Charles Tilly o Theda Skocpol, de quien tomaremos algunas de sus reflexiones conceptuales sobre la revolución.

En su libro *Los Estados y las revoluciones sociales*, donde hace un estudio comparado de las revoluciones francesa, rusa y china, Skocpol (1984: 11) señala que llegó a convencerse que “las causas de las revoluciones solo podrían comprenderse pensando en las interrelaciones específicas de las estructuras de clase y Estado y en la compleja interacción al cabo del tiempo, de los acontecimientos internos e internacionales”. En cuanto a su definición:

Las revoluciones sociales son transformaciones rápidas y fundamentales de la situación de una sociedad y de sus estructuras de clase; van acompañadas, y en parte son llevadas por las revueltas, basadas en las clases, iniciadas desde abajo. Las revoluciones sociales se encuentran aparte en las otras clases de conflictos y procesos transformativos, ante todo, por la combinación de dos coincidencias: la coincidencia del cambio estructural de la sociedad con un levantamiento de clases, y la coincidencia de la transformación política con la social (Ibíd.: 21).

Una observación metodológica importante para la cabal comprensión de las revoluciones sociales es tratarlas en su *complejidad*, pues en su criterio la sobresimplificación que aisle sus aspectos no permite ese cometido. Por lo tanto, para Skocpol (Ibíd.: 23-24) “las revoluciones sociales no deben analizarse desde una perspectiva estructural, recomendando el análisis teórico comparativo como la forma “más apropiada para desarrollar explicaciones de las revoluciones que, al mismo tiempo, estén enraizadas en la historia y sean generalizables, más allá de los casos aislados”.

Como un proceso social complejo en la revolución se pueden diferenciar una serie de *etapas*, cada una de las cuales prepara las condiciones propicias para las siguientes:

En la forma más general podemos diferenciar cinco etapas principales del desarrollo de la revolución: 1) período de maduración de las premisas socio-económicas objetivas; 2) período de crisis nacional generalizada y de lucha por el poder político; 3) período de la situación revolucionaria y efervescencia política de las masas; 4) revolución política e implantación del poder de una clase más progresista; 5) período de afianzamiento de los resultados de la revolución (Burlatski, 1982: 267).

Que, como señala el autor citado, “en tal o cual revolución concreta son posibles diversos tipos de desviaciones respecto de esta periodización, o sea, mayor fragmentación de los períodos, contornos confusos del paso de uno al otro, falta de culminación de los mismos, etc.” (Ibíd.: 268).

De lo complejo que resulta la aplicación práctica de un concepto teóricamente correcto sirve de ejemplo el caso de Anthony Giddens (2000: 638) quien define la revolución como “la toma del poder político, generalmente por medio de la violencia, por los líderes de un movimiento de masas que posteriormente, utilizan dicho poder para iniciar grandes procesos de reforma social”. Desde ese punto de vista saca conclusiones bastante discutibles cuando afirma que lo que “ocurrió en 1989 en Europa Oriental fue realmente una serie de revoluciones, ya que había movimientos sociales de masas; se amenazó con la violencia y, a veces (en Rumania, por ejemplo), ésta se utilizó contra las autoridades, y los acontecimientos produjeron auténticos procesos de reforma social” (Ibíd.). Se le olvidó al sociólogo inglés que la revolución se concibe como progreso, como mejora sustancial en conquistas sociales respecto al régimen anterior y no regresión en beneficio de élites y oligarquías como se ha constatado 25 años después

de “transición” como eufemísticamente denominan a este período en esos países a verdaderos procesos contrarrevolucionarios. Pero esa es otra discusión, propia de la socialdemocracia en oposición a la sociología marxista, que escapa a los objetivos de este artículo.

### La contrarrevolución como freno o negación de los procesos revolucionarios

Toda revolución, en palabras de Marx, engendra contrarrevolución, ésta surge paralelamente a aquella. Cuando Engels hace el análisis y balance de la revolución alemana de 1848 deja claramente establecido este incontrovertible principio sociológico:

(...) todas las revoluciones tienen por destino que la unión de las diferentes clases, que siempre es en cierto grado una condición necesaria de toda revolución, no puede subsistir mucho tiempo. Tan pronto como se conquista la victoria contra el enemigo común, los vencedores se dividen, forman distintos bandos, y vuelven las armas los unos contra los otros. Precisamente este rápido y pasional desarrollo del antagonismo entre las clases en los viejos y complicados organismos sociales hace que la revolución sea un agente tan poderoso del progreso social y político; y precisamente ese continuo y rápido crecer en los nuevos partidos, que se suceden en el poder durante esas conmociones violentas, hace a la nación que recorra en cinco años más camino que recorrería en un siglo en circunstancias ordinarias (Engels, 1976: 335).

Posteriormente Lenin (1976b: 6), indudablemente el teórico que más desarrolló los aspectos de la contrarrevolución como fenómeno social por el papel histórico que le tocó jugar en la dirección de la mayor revolución ocurrida en el siglo XX, hace también suya esa reflexión extraída de la práctica social: “imagínese que la historia universal avanza suave y ordenadamente, sin gigantescos saltos atrás en algunas ocasiones, no es dialéctico, es acientífico, falso desde el punto de vista teórico”, pues, reflexiona en otro de sus célebres escritos:

(...) en toda revolución profunda, la regla es que, los explotadores, que durante bastantes años conservan de hecho sobre los explotados grandes ventajas, opongan una resistencia larga, porfiada y desesperada. Nunca –a no ser en la fantasía dulzona del melifluido tontaina de Kautsky– se someten los explotadores a la voluntad de la mayoría

de los explotados sin haber puesto antes a prueba su superioridad en una desesperada batalla final, en una serie de batallas.

(...) los explotadores siguen inevitablemente abrigando esperanzas de restauración, esperanzas que se convierten en tentativas de restauración. Después de la primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento ni creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de que pudiera producirse, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa y odio centuplicado a la lucha por la restitución del “paraíso” que les ha sido arrebatado, en defensa de sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan dulce y a quienes la “chusma vil” condena a la ruina y miseria (o al trabajo “simple”...) (Lenin, 1979a: 84).

Álvaro García Linera (2012: 11) al recordar esa verdad histórica –“Fue Lenin quien señaló que todo proceso revolucionario verdadero engendra una contrarrevolución aún mayor”– explica en nuestros días, desde la experiencia boliviana, la dialéctica entre revolución y contrarrevolución como algo permanente y que requiere vigilia sin tregua por parte de los sujetos que propugnan la transformación social: “Eso significa que toda revolución necesita avanzar para consolidarse, pero al hacerlo levanta fuerzas opositoras a su avance que ponen en jaque la propia revolución, la cual para defenderse y consolidarse deberá a su vez avanzar más, despertando aún mayores reacciones de las fuerzas conservadoras, y así de manera indefinida”.

Por esa regularidad de la historia, hay revoluciones que perduran o son derrotadas en menor o mayor plazo por fuerzas contrarrevolucionarias. Múltiples son los ejemplos de ello en diferentes épocas y lugares: la Revolución Francesa (1789-1794-1814), la española (1820-1823), la revolución democrático burguesa en Alemania en 1848, la paraguaya (1814-1870), la Comuna de París en 1871, la colombiana (1848-1885), la primera mexicana (1855-1876), la ecuatoriana (1895-1912), la rusa (1905-1914), otra vez en Alemania la revolución de noviembre de 1918-19 e igualmente en Hungría, la guerra civil española (1936-1939), en Bolivia (1952-1964), Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968), en Chile (1970-1973), en la pequeña isla de Granada (1979-1983), Polonia (1980-81), o la revolución nicaragüense (1979-1990). A las que se suman todas las revoluciones socialistas de los países de Europa oriental: la soviética (1917-1991) y las triunfantes después de la segunda guerra mundial hasta su desaparición en 1989. En el Asia, la de Mongolia (1920-1990), la de Afganistán (1978-1992) y la de Irak (1979-2003). Y Libia (1969- 2011), una de las más recientes, en el continente africano.

Toda revolución, por lo tanto, debe enfrentar inevitablemente una abierta o encubierta contrarrevolución. Y el desenlace sangriento se manifiesta generalmente también como constante en la gran mayoría de ellas, aspecto ampliamente registrado por la memoria histórica en muchos de los casos señalados. Tal la fuerza, impacto e influencia de las revoluciones que, al decir del sociólogo tunecino Elbaki Hermassi, “el carácter universal de las revoluciones significa que ejercen un efecto demostrativo más allá de las fronteras de su país de origen con un potencial para desencadenar oleadas de revolución y contrarrevolución dentro de unas sociedades y entre unas y otras” (citado por Skocpol, 1984: 20).

Siendo innegable la importancia que tiene la contrarrevolución para las ciencias sociales, en tanto problema teórico, se puede constatar que ha sido menos abordado que el de la revolución, a pesar de la clara comprensión que implícitamente existe acerca de su inevitabilidad en todo proceso revolucionario, debido a la férrea oposición que manifiestan los sectores sociales perjudicados en sus intereses y privilegios al ser reducidos sustancialmente, o eliminados, por los cambios radicales introducidos por las revoluciones sociales. Oposición que en algún momento de su desarrollo puede ser desplegada también por elementos que participaron en la revolución. Sin embargo, de las fuentes documentales existentes se pueden rescatar valiosas características esenciales a ser consideradas en el estudio de la contrarrevolución, gracias a la sistematización realizada por algunos científicos sociales que han profundizado en el análisis del tema.

Para el científico soviético Yuri Krasin (1983: 275-276) toda contrarrevolución constituye un proceso regresivo liderado por los grupos sociales opuestos a una revolución que tienden a la restauración o conservación del estado social anterior, para lo cual recurren a todas las formas posibles: rebeliones, guerras civiles, conspiraciones, sabotajes, diversionismo ideológico, intervenciones extranjeras, bloqueos, entre las acciones más frecuentes, que debe enfrentar todo proceso revolucionario. La restauración temporal del orden anterior no siempre puede eliminar todas las profundas transformaciones realizadas por la revolución. En el plano ideológico, destaca Krasin, se recurre a métodos cuyos elementos se fundamentan en el revisionismo y el nacionalismo, el bonapartismo, e incluso el fascismo puede ser uno de sus recursos extremos. En cuanto a los actores sociales, los define como grupos minoritarios de la sociedad que constituyen las clases explotadoras desplazadas por la revolución, que en su actividad contrarre-

volucionaria necesitan atraer a amplios sectores de las masas, para lo cual introducen en su seno la discordia, la confusión y la división. Entre los grupos sociales más vulnerables a inclinar su estado de ánimo a favor de la contrarrevolución señala a la pequeña burguesía.

En un *Breve diccionario político*, coincidiendo con mucho de lo anterior, se define a la contrarrevolución como la lucha activa de los sectores opositores “contra la creciente revolución con el objeto de conjurarla, o contra la revolución triunfante y el régimen social y estatal establecido como resultado de la victoria, con el objeto de restaurar los órdenes caducos”. Son importantes los dos momentos que se destacan de la actividad contrarrevolucionaria: durante el proceso de la revolución y cuando esta triunfa, en los que la lucha entre las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución expresan su carácter dialéctico como “ley objetiva de la lucha de clases en su período de máxima tensión” (Onikov, 1983: 117).

En cuanto a las formas en que se manifiesta la contrarrevolución, entre las más comunes están las siguientes: “resistencia armada, guerra civil, motines, conspiraciones, actos de sabotaje, subversiones”. Y los recursos más utilizados por las fuerzas de la contrarrevolución para ganarse a las grandes masas son “el engaño, la demagogia, el chantaje la calumnia” (Ibíd.). Además, si es necesario recurrir al terror, antes y después, la contrarrevolución no tiene ningún empacho en hacerlo. Todo un instrumental usado en cualquier época y lugar donde se da el enfrentamiento entre las fuerzas del orden y las fuerzas del cambio, a lo que habría que sumar “calumnias, engaño de la opinión pública, bloqueo económico, sabotaje, hambre y destrucción, soborno y amenaza, terror, asesinato de personalidades políticas, asaltos al estilo fascista: tal es hoy el arsenal de métodos de la contrarrevolución” (Pavlenko, 1985: 32).

En esa lógica de revolución y contrarrevolución Belin Boev (1983: 60) hace algunos importantes señalamientos sobre esta última. En determinadas circunstancias históricas, afirma, siempre puede surgir una situación contrarrevolucionaria “cuando las fuerzas reaccionarias utilizan algunas dificultades, sean temporales o duraderas, para la revolución (crisis al interior de las fuerzas revolucionarias), para autoorganizarse y retroceder la rueda de la historia”. De ahí que:

En las condiciones de algunas situaciones críticas la reacción puede conservar durante un buen período sus cuadros, organizaciones, fuerzas y capacidades, para contrapo-

nerse con éxito al consiguiente desarrollo del proceso revolucionario. Ella utiliza y en el futuro siempre utilizará en similares circunstancias cada dificultad de la revolución, para liquidarla, si es que en el transcurso de la transformación revolucionaria no son desplazados sus cuadros y adeptos, incluidos los elementos vacilantes, de las posiciones decisivas del poder, de la economía y de la vida cultural del país, y si no se convence a las masas de la necesidad de profundos y radicales cambios sociales (Ibíd.).

Resumidas en la cita anterior las más importantes prevenciones que el poder revolucionario debe tener para evitar contrarrevoluciones, de gran utilidad y vigencia para procesos que actualmente se viven en América Latina, donde al momento se despliegan de los más significativos del planeta en la búsqueda de construir sociedades más equitativas. Sobre este aspecto Mchedlov (1987: 9) formula un planteamiento coincidente: “Privar a la reacción tanto interna como externa, de cualquier tipo de apoyo en las masas significa limitar sustancialmente las posibilidades de la contrarrevolución”. De la claridad con que se concebía el peligro de la contrarrevolución en la antigua Unión Soviética, algunos años antes de su desaparición, quedan estas reflexiones:

La práctica social también ha demostrado en forma no menos convincente lo nocivo de las ilusiones acerca de que la justeza de la causa del socialismo en escala histórica universal y el carácter popular, auténticamente democrático de la revolución socialista “eliminan” en forma casi mecánica la posibilidad de una acción contrarrevolucionaria. En su época los comuneros parisienses pagaron caro por subestimar al adversario y por esa ingenua fe en la legalidad (como si alguna vez las fuerzas reaccionarias se hubieran detenido ante las normas del derecho y de la moral al defender sus intereses). Los errores de los comuneros fueron profundamente analizados por Marx, Engels y Lenin, quienes demostraron convincentemente que la absolutización de los medios pacíficos de lucha y la blandura liberal crean el clima favorable para las acciones agresivas de la contrarrevolución y el desencadenamiento de la guerra civil por las fuerzas de la reacción (...) han señalado con acierto el vínculo entre tales espejismos y la incomprensión de las raíces de la contrarrevolución, de su base objetiva (Ibíd.: 14).

El sociólogo búlgaro Velichko Dobrianov (1981: 41) respecto a la contrarrevolución resalta la resistencia que siempre presentan las fuerzas vinculadas con las antiguas relaciones

sociales, valiéndose de “la ayuda del poder estatal, de los medios económicos y la influencia ideológica” para la preservación del orden social anterior, lo que incide en el carácter violento de la revolución, en las más diversas formas, por lo que Marx expresaría que “la violencia es la partera de la revolución”.

Rodrigo Borja (2012) trata detalladamente el concepto de contrarrevolución en su *Enciclopedia de la Política*. Ahí afirma que el término acuñado por Joseph de Maistre para definir lo opuesto a la revolución, se popularizó posteriormente como concepción en Francia para significar las posiciones contrarias a la revolución de 1789 identificadas con toda clase de intentos para la restauración monárquica. Así, para el politólogo y expresidente ecuatoriano, contrarrevolución es “antirrevolución, anulación de las conquistas revolucionarias y la retrogradación hacia el orden de cosas imperante antes de la transformación revolucionaria”. Que “la contrarrevolución es la reacción que, en dirección opuesta, generan las acciones revolucionarias, en una suerte de aplicación a los acontecimientos sociales de la conocida ley física de que toda acción mecánica produce una reacción de intensidad equivalente” y siguiendo con símiles tomados de las ciencias naturales califica como “los “anticuerpos” producidos por la revolución” que “actúan inmediatamente para oponerse a la implantación de las metas revolucionarias” siendo “los miembros de las clases sociales desplazadas quienes los impulsan. A esta respuesta se denomina contrarrevolución” (Borja, 2012: 373-374).

Hay varios aspectos esenciales útiles para el tratamiento y comprensión de la contrarrevolución como fenómeno social, destacados por Rodrigo Borja en su *Enciclopedia*. Las escisiones que surgen al interior de las fuerzas revolucionarias:

En la segunda fase del ciclo revolucionario, esto es, en la tarea de la construcción del nuevo orden social después de que el anterior fue abatido, inevitablemente se produce la escisión en las filas insurgentes entre los radicales y los moderados. Este parece ser el sino ineluctable de las revoluciones. Con cualquier nombre con que en cada lugar y tiempo se los designe —jacobinos y girondinos, bolcheviques y mencheviques— las dificultades reales del gobierno separan a los protagonistas de la revolución después de la conquista del poder (Ibíd.: 374).

Los personajes, instituciones y objetivos de los contrarrevolucionarios:

(...) la actitud de quienes —personas o instituciones— buscan restaurar el orden político abatido por una revolución, es decir volver las cosas atrás, desandar lo caminado y poner en vigencia experiencias del pasado. En función de la actitud que asumen frente al cambio social y al establecimiento de un nuevo orden en el Estado, se distinguen —en cada lugar y en cada tiempo— los partidos, instituciones o personas de izquierda y los de derecha. Los primeros tienen vocación de cambio social mientras que los segundos consagran sus horas y sus esfuerzos a la preservación de la sociedad tradicional (Ibíd.).

Las categorías o dimensiones de los actores políticos enfrentados ideológicamente:

La izquierda y la derecha, sin embargo, admiten subdivisiones. Hay una izquierda revolucionaria y otra reformista, en atención a los métodos que utilizan o se proponen utilizar para alcanzar sus propósitos de cambio. Y hay una derecha conservadora y otra reaccionaria, según pretendan el mantenimiento intocado del actual orden de cosas social o el retorno hacia superadas fórmulas del pasado. La derecha reaccionaria se denomina también contrarrevolucionaria y el conjunto de sus ideas y acciones es la contrarrevolución (Ibíd.).

Dado que en una revolución social intervinieron una gran variedad de grupos y clases sociales con diferentes fines e intereses, durante el proceso se forman alianzas temporales y muchos de quienes plegaron a ellas en el camino pueden cambiar de rumbo. Incluso pasar de revolucionarios a opositores y otros a posiciones y acciones abiertamente contrarrevolucionarias.

En el *Diccionario de Política* coordinado por Norberto Bobbio y sus colegas y discípulos Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (2008: 1420), dentro de la entrada referente a revolución, se hacen importantes acotaciones respecto al fenómeno de la contrarrevolución, especialmente para el estudio del caso latinoamericano que nos ocupa. El criterio es igual al de los demás autores citados en cuanto toda revolución victoriosa “debe enfrentar tentativas de contrarrevolución”. Coinciden también en señalar el apoyo externo a casi todas las contrarrevoluciones: “A menudo los contrarrevolucionarios, al menos en la primera fase, “están apoyados y financiados desde el exterior, pero esta tentativa contrarrevolucionaria manifiesta es sustituida muy pronto por una más solapada”.

Se identifica a los actores fundamentales de la contrarrevolución en “las clases depuestas y algunos grupos de ex revolucionarios que ya no



sienten el deseo de ir más allá, los que se reúnen y ponen de acuerdo para detener el curso de la revolución, a menudo motivando su actitud y sus elecciones en la necesidad de defender la revolución y de consolidar sus logros”. Así, la “contrarrevolución que resulta de ello se produce de manera lenta y rastrera, pero casi nunca llega a correr a todas las transformaciones efectuadas por el régimen revolucionario” (Bobbio, 2008: 1420-1421).

No escapa a su análisis el factor psicosocial de aprovechar el ambiente más propicio para desencadenarla:

Los contrarrevolucionarios más capaces se dan cuenta de que, si quieren vencer, deben apoyarse en un estado de descontento de las masas, inevitable en la fase inmediatamente subsiguiente a la *revolución*, pero saben también que este descontento está muy lejos de significar que las masas pretendan retornar pura y simplemente al viejo orden y comprenden por lo tanto que, con el fin de obtener el apoyo de la mayoría de la población, deben aceptar muchos de los cambios (Ibíd.: 1421).

Ganarse a los más amplios sectores de las masas es prioritario para la contrarrevolución. Al respecto el académico soviético Mchedlov (1987: 8) es de la misma opinión que otros autores, pues afirma que “La contrarrevolución siempre aprovechó la falta de comprensión por las amplias masas de sus verdaderos intereses de clase y del vínculo directo entre éstos y las transformaciones revolucionarias. Por tal motivo la lucha por las masas fue y sigue siendo el problema central del enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución”. Según Burlatski (1982: 274) la contrarrevolución “extrae su fuerza –usa como “reserva de combustible”– de las vacilaciones pequeño-burguesas, la indiferencia, la fuerza de la costumbre, las relaciones internacionales de la reacción, las riquezas y valores que se han conservado en sus manos, los lazos de los cuadros más calificados en la economía, la dirección, en el sistema de las informaciones y en las cuestiones militares”, además, “la contrarrevolución aprovecha también los errores que cometen las clases revolucionarias”.

Algo fundamental tiene que ver con el papel que juega la ideología y, en ese contexto, las concesiones a las que deben estar dispuestos los enemigos de la revolución. En el *Diccionario* de Bobbio, al abordar este aspecto, se establece que en el enfrentamiento sin cuartel entre grupos sociales con intereses contrapuestos

los líderes contrarrevolucionarios deben hacerse también portadores de los intereses de las clases depuestas, pero, conscientes de los errores cometidos en el pasado, tratarán de ponerles remedio propugnando una gestión más moderna del poder y más simpática a los intereses de las masas movilizadas. Para tener éxito, en definitiva, la contrarrevolución debe constituir una extraña masa de elementos viejos y nuevos, de tendencias aristocráticas y de lisonjas populistas. En cualquier forma que se verifique no podrá de todas maneras jamás resultar en un retorno total y completo a un pasado sepultado por la ruptura revolucionaria (Bobbio, 2008: 1421).

Regularidades establecidas a partir del análisis de múltiples procesos contrarrevolucionarios que sirven para su esclarecimiento.

Otra reflexión teórica importante a tomar en cuenta es que la contrarrevolución es un proceso a largo plazo y no hay que confundir “con el momento culminante del retorno al viejo orden –al menos por lo que se refiere al tipo de autoridad política, pero a menudo solo por él–, retorno que se denomina restauración” (Ibíd.). Este último término cuyo origen proviene de la restauración monárquica francesa después de la derrota de Napoleón, actualmente tiene nueva vida en el tratamiento de los procesos opuestos a los gobiernos progresistas que hoy gobiernan en América Latina: la denominada *restauración conservadora*, sinónimo de contrarrevolución.

### A modo de conclusión

Para las ciencias sociales es interesante constatar como el problema de la contrarrevolución permite en nuestro tiempo teorizar sobre su dialéctica con la revolución. Es el caso de Álvaro García Linera (2012: 72-73) quien desarrolla aspectos teóricos importantes a partir de la oposición de las fuerzas contrarrevolucionarias de su patria en clara alianza con intereses internacionales. Para el sociólogo y vicepresidente del gobierno boliviano, un proceso revolucionario “tiene que afrontar problemas, contradicciones y nuevas luchas no previstas ni planificadas con anterioridad porque así son las verdaderas revoluciones.” Es más, continúa,

Quienes crean que las revoluciones son una taza de leche de unanimidad absoluta no saben de lo que hablan, y malinterpretan el término de revolución que lo entienden sólo a través de libros. Las revoluciones son flujos caóticos de iniciativas colectivas sociales, impulsos fragmentados que se cru-

zan, se enfrentan, se suman y articulan para volver a dividirse y cruzarse. Nada está definido de antemano. No se tiene un programa escrito o una propuesta que sea capaz de prever lo que vendrá (Ibíd.).

De ahí que:

Cada revolución es única por las fuerzas que la promueven, por la historia de los adversarios que enfrenta, por los problemas, territorios y raíces singulares e irrepetibles de quienes se involucran. Las revoluciones son flujos de lava social que se despiertan por todas partes y hacia todas partes y en las que cada nuevo paso es un referéndum mismo sobre el curso de la revolución. Las revoluciones no tienen un curso predeterminado, si lo tuvieran no serían tales sino decisiones burocráticas de un poder que ha expropiado el alma al pueblo. Ellas avanzan, se detienen, retroceden, se caen y vuelven a avanzar nuevamente, a veces sin saber bien cuál es el siguiente paso, inventando a cada rato su itinerario (Ibíd.).

Refiriéndose al momento especial que se vive en América Latina García Linera vislumbra las dificultades que se presentan para los procesos de cambio de algunos de sus países: “Los procesos revolucionarios de nuestra época surgen de la diversidad y de los límites de nuestra propia formación histórica. Estos avances frente a Estados Unidos generaron una contrarrevolución, y la punta de lanza de esa reacción es la Alianza para el Pacífico” (citado por Zubelet, 2013). Y consciente de la contrarrevolución que se tendrá que seguir enfrentando, concluye que “habrán victorias temporales y derrotas hirientes que nos obligarán a conseguir nuevas victorias y así hasta el infinito, hasta que el tiempo histórico conocido hasta hoy se detenga, se quiebre y surja uno nuevo, universal, de los pueblos del mundo en el que el bienestar de la humanidad sea el producto consciente y deseado del trabajo de todas y todos” (García Linera, 2012: 74).

## Bibliografía

- Arismendi, R. (1987). *Revolución y contrarrevolución en América Latina. Dialéctica de la revolución y la contrarrevolución. La experiencia de la lucha contra la contrarrevolución y la época contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- Bobbio, N., N. Matteucci, G. Pasquino (2008). *Diccionario de Política*. 16a ed., México: siglo xxi editores.
- Boev, V. (1983). *Dialéctica de la revolución*. Sofía: Partizdat.
- Borja, R. (2012). *Enciclopedia de la Política*. 4a ed. t. I. México: Fondo de Cultura Económica.
- Burlatski F. (1982). *Materialismo Histórico*. Moscú: Editorial Progreso.
- Dobrianov, V. (1981). La revolución y el progreso social. *Cambio social y progreso social*. Sofía: Ciencia y Arte.
- Engels, F. (1976). Revolución y contrarrevolución en Alemania. Marx, C., F. Engels, *Obras Escogidas*. t. I. Moscú: Editorial Progreso.
- García Linera, A. (2012). *Las tensiones creativas de la revolución*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional / Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional.
- (2013). *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. Quito: El Telégrafo.
- Giddens, A. (2000). *Sociología*. 3a ed. revisada. Madrid: Alianza Editorial.
- Krasin, Y.(1983). Contrarrevolución. *Diccionario Filosófico Enciclopédico*. Moscú: Editorial Sovetskaia Enciclopedia.
- Lenin, V. I. (1977). ¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder? *Obras Escogidas en doce tomos*. t. VI. Moscú: Editorial Progreso.
- (1976). La bancarrota de la II Internacional. *Obras Escogidas en doce tomos*. t. V. Moscú: Editorial Progreso.
- (1976). Sobre el folleto de Junius. *Obras Escogidas en doce tomos*. t. VI. Moscú: Editorial Progreso.
- (1979). La revolución proletaria y el renegado Kautsky. *Obras Escogidas en tres tomos*. t. 3. Moscú: Editorial Progreso.

- Marx, C. y F. Engels (1976). La ideología alemana. C. Marx, F. Engels, *Obras Escogidas*. t. I. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, C. (1976). Prólogo de la *Contribución a la crítica de la Economía Política*. Marx, C., F. Engels, *Obras Escogidas*. t. I. Moscú: Editorial Progreso.
- Mchedlov, M. P. (1987). Introducción. *Dialéctica de la revolución y la contrarrevolución*. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- Onikov, L. A., N. Shishlin (1983). *Breve diccionario político*. Moscú: Editorial Progreso.
- Pavlenko, A. (1985). *El proceso revolucionario mundial*. Moscú: Editorial Progreso.
- Skocpol, T. (1984). *Los Estados y las revoluciones sociales*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Villoro, L. (julio 2010). “El concepto de revolución”. *DEVENIRES XI* (22), 7-15. Michoacán: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Zubelet, C. (2013). “Álvaro García Linera en el CCC”. *La revista del CCC* N° 19. Recuperado de: <http://www.centrocultural.coop/revista/19/alvaro-garcia-linera-en-el-ccc>